

se discutió en el club de los Franciscanos, en medio de furiosos gritos, y cuya ejecucion quedó decidida para el 22 de Mayo. Acordóse que la muchedumbre se dirigiria armada á la Convencion, llevando consigo los *Derechos del hombre*, cubiertos con un velo de crespon; que se apoderaria de los diputados refractarios que habian pertenecido á las asambleas constituyente ó legislativa, destituiria al ministerio, y esterminaria á cuantos individuos existiesen de la familia de Borbon [1].

No tardó la comision recién creada en tener conocimiento de esta conspiracion, y arrestó á uno de sus gefes, Hebert, que era redactor de un periódico revolucionario, obsceno y repugnante, que tenia por título: "Le Pere Duchesne," y que habia adquirido una inmensa circulacion entre los partidarios del cabildo. Esta turbulenta corporacion se manifestó inmediatamente insurreccionada, declaróse en junta permanente, é invitó al pueblo á que levantase el estandarte de rebeldía. Algunas de las mas desenfrenadas de entre las secciones, siguieron su ejemplo; los que estaban por la asamblea, se vieron cercados por estrepitosas cuadrillas de hombres armados. El club de los jacobinos, el de los franciscanos, y las secciones insurreccionadas, se conservaron en movimiento noche y dia; llegó la agitacion de Paris á su mayor estremo [2].

(1) Th., IV, 206.

(2) Lac., II, 67, 68. Mig., I, 261, 262. Th., IV, 210, 211,

El 25 de Mayo agolpóse una frenética muchedumbre al salon de sesiones de la ^{Mayo 25.} asamblea, y presentóse una diputacion en la barra pidiendo, en los términos mas irrespetuosos, la supresion de la Comision de los Doce, y la libertad de Hebert, aquel miembro de la magistratura á quien se habia reducido á prision, y aun hubo quienes insistiesen en que se enviase ante el tribunal revolucionario á los individuos que componian la comision recién creada. Isnard, presidente de la asamblea, girondino esforzado y elocuente, replicó: "Prestad oido á mis palabras; si llega el caso de que la Convencion corra peligro, si estalla otra insurreccion como las que con tanta frecuencia se han suscitado desde el 10 de Marzo, levantarás toda la Francia en masa, en defensa de nuestra causa, quedará destruido Paris, y preguntarán los estrangeros en cuál de las márgenes del Sena estaba situada la capital de la República." (1)

Esta respuesta que dictaba la indignacion produjo una grande impresion por el momento; pero la multitud de solicitantes que se presentó despues trayendo á Danton á la cabeza, volvió en breve la confianza á los conspiradores. Habiendose negado obstinadamente Isnard á dar orden para que fuese puesto en libertad Hebert, levantóse una infinidad de miembros de la Montaña con ánimo de arrancarle del sillón, visto lo cual por los girondinos, se reunieron para defenderle. En medio del tumulto esclamó Danton

(1) Lac., II, 68, 69. Mig., I, 262. Th., IV, 213.

con voz de trueno, "Impudencia tal no puede sufrirse; os haremos frente; no haya mas tregua entre la Montaña y esos hombres bajos, que quisieron salvar al tirano." (1)

Los diputados del cabildo se retiraron esta vez, sin haber obtenido lo que deseaban, pero se resolvieron á declararse inmediatamente insurreccionados. El resto del dia 25 y todo el 26 emplearonlo en tomar activas medidas, y en escitar al pueblo dirigiendole las mas incendiarias alocuciones. Fué tal el buen éxito de sus esfuerzos, que en la mañana del 27 se habian reunido 28 secciones para pedir que se pusiese en libertad á Hebert. La comision de los doce no contaba con otro apoyo que el de la fuerza armada de tres secciones; pero estas se apresuraron, á las primeras indicaciones que les hicieron, á defender á la Convencion, lo cual hicieron formandose al frente del salon con su artilleria. Pero véanse cercadas sus filas por una inmensa muchedumbre; los clamores de "¡Mueran los Girondinos!" se exhalaban por todos lados, y aun los mas resueltos se acobardaban en vista de la furia y atrevida conducta del pueblo. [2]

Con dificultad podian los girondinos defenderse de los jacobinos en el seno de la asamblea y de la frenética muchedumbre que por de fuera la cercaba, cuando se apareció Garat, ministro del interior, y les privó del último recurso que les quedase,

Terrible lucha que se sostuvo en la Asamblea. Parte de Garat de que se conservaba en Paris la tranquilidad pública.

(1) Mig., I, 262. Lac., II, 69.
(2) Th., II, 214, 215.

que consistia en ostentar una inalterable firmeza. Habiendosele llamado para que diese cuenta del estado que guardaba Paris, declaró "que ninguna apariencia de conspiracion veia, que la turba de que estaba rodeada la asamblea, no habia hecho sino tributarle manifestaciones de respeto; y que lo único que creia, era que existia el pérfido designio de dividir por medio del temor de quiméricos peligros, á dos partidos que escitaban igualmente deseosos de promover el bien público." Al producirse de este modo Garat habiase dejado llevar de lo que falsamente le digera Pache, corregidor de Paris, que era un hipócrita jacobino del mas peligroso carácter. Entonces tuvo sobrados motivos la Francia para lamentar que se hubiera retirado el enérgico y perspicaz Roland, de las importantes funciones que desempeñara. [1]

Asombrados al oir proferir tan extraordinaria como inesperada especie, que solo se podia explicar suponiendose que el ministro del interior habia desertado de su partido, retiróse de la asamblea la mayor parte de los girondinos, y reemplazóse en la presidencia, al intrépido Isnard, con Herault de Sechelles. Cediendo á la grito con que se veia aturdido el cuerpo legislativo, dijo el nuevo presidente dirigiendose á la muchedumbre, "La fuerza de la razon y la del pueblo son una cosa misma; reclamais á un magistrado que está preso; los representantes del pueblo os le devuelven." Presentóse entonces

(1) Lac., II, 69. Mig., I, 263. Th., II, 217, 218.

moción para que la comisión de los Doce fuese disuelta y puesto en libertad Hebert, y fué aprobada á media noche, en medio de clamores de triunfo que arrojaba la plebe que constituyó la mayoría, pues subiéndose sobre las barandillas; y ocupando los asientos de la Montaña votó en compañía de los jacobinos. [1]

Los girondinos, avergonzados de las consecuencias á que habia dado lugar su última desercion de la asamblea, concurrieron á ella el dia siguiente, y conduciéndose con energía, hicieron revocar el decreto que la noche anterior habia arrancado la violencia. En el debate que se sostuvo, que fué en sumo grado tumultuoso y amenazante, manejóse Lanjuinais de una manera distinguida. “Mas de cincuenta mil ciudadanos,” dijo, “hay ya presos en los departamentos por disposición de vuestros comisionados; se han hecho arrestos mas arbitrarios todavía que los que se practicarán por espacio de un siglo bajo el antiguo régimen; y todo ese tumulto excitasteis solo porque mandamos asegurar á dos ó tres individuos que proclamaban matanza y saqueo. Vuestros comisionados son procónsules que obran á remota distancia de vosotros y sin daros conocimiento de sus actos; y descargais todo vuestro encono sobre una comisión que teneis á la vista, y que está bajo vuestra autoridad inmediata. El domingo se presentó en los jacobinos la proposición de que se cometiese en Paris una general

[1] Lac., II, 69. Mig., I, 263. Th., IV, 220, 221.

carnicería; esta noche débese presentar igual proposición en los franciscanos y en el club electoral del obispado; las pruebas de esa conspiración están á mano, y sin embargo vacilais; es por que solo protegéis á asesinos cubiertos de sangre.” A estas palabras, las exclamaciones de la Montaña ahogaron la voz del orador, y Legendre le amenazó con arrojarle de cabeza de la tribuna; pero el intrépido Lanjuinais no se arredró por eso, y el decreto que se acordara el dia anterior, fué revocado por una mayoría de 51 votos. Los jacobinos prorrumpieron de luego á luego en frenéticas exclamaciones. “Ayer,” dijo Danton, “practicasteis un acto de justicia; cuidado de no desviaros de esa misma senda; si persistis en ejercer las facultades que habeis usurpado, si se continúan haciendo encarcelamientos arbitrarios, si no se vuelve á los magistrados públicos al ejercicio de sus funciones, despues de haber demostrado á nuestros enemigos que les excedemos en moderación y en sabiduría, les haremos ver que tambien les superamos en audacia y en energía revolucionaria.” “Habeis infringido los derechos del hombre,” dijo Collot d’Herbois; “¡temblad! estamos á punto de seguir vuestro ejemplo; no se formaron para que sirviesen de salvaguardia á los tiranos. Cubrid con un velo á esa estatua de la libertad que colocasteis en medio de vuestro salon con tanto descaro; nosotros no hemos de cometer el crimen de contener por mas tiempo la indignación del pueblo (1).”

[1] Th., IV, 223, 224. TOM. II. 26

La efervescencia que se habia comenzado á calmar á consecuencia del triunfo obtenido la noche anterior, renovóse con doble fuerza cuando se supo la revocacion del decreto. Robespierre, Marat, Danton, Chaumette y Pache, procedieron inmediatamente á organizar nueva rebelion; emplearon el 29 en organizar y disponer sus fuerzas. El 30 declararonse insurreccionados los miembros del cuerpo electoral, los comisionados de los clubs y los diputados de las secciones; confirióse á Henriot el mando de la fuerza armada, y ofrecióse á los Sansculotes cuarenta sueldos diarios, mientras estuviesen sobre las armas. Luego que hubieron tomado estas disposiciones, mandaron tocar á rebato y generala al amanecer del día 31, y las fuerzas de los suburbios marcharon sobre las Tullerías, que era donde la Convencion se reunia [1].

Con motivo de esta rebelion, apareció el primer síntoma de division entre Danton y Robespierre y los mas frenéticos de entre los jacobinos; el primero deseaba que se aboliese la comision de los Doce, pero no que se infriese ultrage alguno á la legislatura, y el segundo quería destruir á la Convencion con la fuerza de que podia disponer el cabildo. Pero ya en aquel periodo habia muchos revolucionarios que le superaban en vehemencia; la junta central de insurreccion habia resuelto llevar á cabo una revolu-

[1] Mig., I, 265. Lac., II, 70, 71. Th., IV, 225, 233.

cion general, á la cual daba la denominacion de moral, que habia de hacerse sin saqueo ni tropelia de ningun género, pero con un aparato de fuerza física tan imponente, que hiciese imposible toda resistencia. Cuarenta y ocho secciones se reunieron, y públicamente manifestaron la determinacion en que estaban de levantar el estandarte de la rebelion, y al amanecer del 31 de Mayo no se veia en Paris sino gente armada [1].

La guardia nacional y las fuerzas insurreccionadas encontrábanse al principio tímidas, sin saber á que autoridad obedecerian, ni el objeto con el cual se las convocara. Los terribles artilleros, genzaros de la revolucion, fueron los que tomaron la iniciativa. Los gritos de: *Vive la Montagne! Perissent les girondins!* (Viva la Montaña, mueran los girondinos), comenzaron á salir de sus filas, é hicieron ver cual era el fin á que la sedicion tendia; por medio de este paso lograron fijar á las fuerzas que se habian mostrado irresolutas. Descubrióse á poco, que el asunto de que se trataba era el de presentar una peticion, apoyada en las armas, á la asamblea, en la cual se solicitase la proscripcion de los veintidos caudillos de la Gironda, la estincion de la Comision de los Doce y la imposicion de un maximun sobre el precio del pan. (2)

En el arrabal de San Aantonio que era el an-

[1] Th., IV, 236, 237.

[2] Lac., II, 71. Mig., I, 265. Th., IV, 238, 239.

Vastas fuerzas que se organizaron en los suburbios.

tiguo foco de todas las insurrecciones, fué donde tomó la sedición un aspecto de verdadero desenfreno. La idea del saqueo y del desorden era la única que pudiese servir de aliciente á aquel inmenso vecindario para alzarse. El cabildo alhagaba esta su propensión á la rapiña, proponiéndole que marchase sobre el palacio Real, donde estaban situadas las tiendas mas acaudaladas de Paris. "Tomad las armas," esclamaban dirigiéndose á los vecinos del enunciado barrio los agentes del cabildo; "ved que la contrarrevolucion está á punto de operarse; en estos momentos se da ya el grito en el Palacio Real de "Vive le Roi," y se pisotea el estandarte nacional; cuantos allí habitan son cómplices de la maquinacion; marchad pues sobre el Palacio Real, y de ahí sobre la Convencion." Pero los vecinos de aquel punto se habian preparado a la defensa; habianse cerrado las puertas del palacio, y estaban colocadas varias piezas de artilleria por todos los caminos que á ellos conducian. Cuando la inmensa selva de picas comenzó á desembocar por el lado de los arrabales, veíase á los artilleros con mecha encendida al pie de sus piezas, y aquel torrente revolucionario retrocedió dirigiéndose hácia el rumbo en que estaba situado el edificio donde se reunia el cuerpo legislativo que contaba con menos defensa. [1]

[1] Lac., II, 72. Th., IV, 247.

Habiase reunido muy temprano la Convencion, desde que se oyera tocar á rebato; los gefes del partido girondino, apesar de las vivas instancias que les hicieron sus amigos, dirigieronse todos al lugar del peligro. Habian pasado la noche en la casa de un amigo comun, todos reunidos, armados, y resueltos á vender cara la existencia; pero ausentaronse al amanecer, del asilo á que se acogieron, y fueronse á ocupar sus asientos en la Convencion, en los momentos que se oia el toque á rebato. Garat persistió en sostener que no existia razon alguna que pudiese inspirar rezelo; que una *insurreccion moral* era lo único de que se trataba. Pache, con hipócrita zelo, manifestó que habia mandado que se doblasen las guardias de la Convencion y prohibido que se disparase el cañonazo, señal de alarma. En aquellos momentos oyóse el estallido de la artilleria, é inmediatamente llegó á su colmo la agitacion de la asamblea. "Yo pido," dijo Thuriot, "que la comision de los Doce en este instante se disuelva." "Y yo" dijo Tallien, "que la cuchilla de la ley hiera á los conspiradores que tiene la Convencion en su seno." Los girondinos insistieron en que se llamase á la barra á Henriot, comandante en gefe de las fuerzas de la capital, por haber tocado á rebato sin autoridad de la Convencion. "Si se trata de que empenemos una lucha," dijo Verguiauud, "sea cual fuere su resultado, no dará otro que la destruccion de la República. Juren todos los miembros, que perecerán en sus puestos." Todos presta-

ron juramento, pero á pocas horas olvidaronlo. "Disolved la Comision de los Doce," dijo Danton con su voz estentórea; "ya habeis oido el estallido del cañon. Si teneis alguna discrecion política, aprovechaos de la agitacion pública y servios de ella como de un pretesto para cejar un tanto y rehaceros de la popularidad que habeis perdido. Diríjome á aquellos de los diputados que tienen alguna consideracion á la posicion en que se han puesto, y no á esos insensatos mortales que solo dan oido á sus pasiones. No vacileis pues por mas tiempo en satisfacer al pueblo." "¿A qué pueblo?" preguntó Vergniaud. "A ese pueblo," contestó Danton, "á esa masa inmensa que constituye nuestra vanguardia, y que detesta toda especie de tirania, al mismo tiempo que esta baja moderacion por medio de la cual en breve volveria á entronizarse. Apresuraos, pues, á satisfacerle; libertadle de los aristócratas; salvadle de su propia furia; y si despues de hecho esto continuase aun el movimiento, no tardará Paris en esterminar á las facciones que alteran su reposo." [1]

Las Tullerías fueron bloqueadas por la muchedumbre; la presencia de esta y el insolente lenguaje de que hacian uso los solicitantes que se iban admitiendo sucesivamente á la barra de la asamblea, sugirieron á los jacobinos la idea de consumir en aquel instante la destruccion de sus opositores. Barrere y la jun-

(1) Mig. I, 266.

ta de seguridad pública propusieron como convenio, que la Comision de los Doce fuese disuelta; Robespierre y sus sócios insistieron en que se encarcelase inmediatamente á los girondinos. "Ciudadanos," dijo aquel, "no perdamos el tiempo en una inútil grita y en insignificantes proposiciones. El dia de hoy es acaso el último en que luche la libertad contra la tirania." "Presentad pues vuestra mocion," esclamó Vergniaud; "Sí," contestó Robespierre, "presento mi mocion ¡y la presento contra vos! Contra vos que despues de llevada á cabo la revolucion del 10 de Agosto, procurasteis enviar al cadalso á los hombres que la consumaran; contra vos que incesantemente habeis sugerido medidas funestas á la prosperidad de Paris; contra vos que tanto os esforzasteis por salvar al tirano, contra vos que habeis conspirado con Dumouriez para echar por tierra al sistema republicano; contra vos que habeis atacado con teson todos aquellos de quienes Dumouriez pedia la cabeza, y contra vos en fin, cuya venganza criminal ha provocado esos gritos de indignacion que ahora echais en cara como un crimen á los mismos que han padecido á consecuencia de esa venganza. Pido que se ponga inmediatamente en acusacion á los que han conspirado con Dumouriez para destruir á la República, y cuyos nombres se especifican en las peticiones que ha hecho el pueblo." La asamblea impelida por el riesgo que la rodeaba, adoptó como el paso mas prudente, la proposicion de Barrere y de la junta de seguridad pú-

blica, relativa á la supresion de los Doce, desentendiéndose de las violentas peticiones de los jacobinos; cuya medida fué un fatal ejemplo de sumision, á los deseos imperiosos del pueblo que llegó en breve á ejercer sobre la Convencion un total dominio [1].

Pero no era la intencion de los revolucionarios la de detenerse á la mitad de la carrera de violencia que comenzaron. En la noche del 31 manifestó Billaud Varennes en el club de los jacobinos "que no habian hecho su obra sino á medias, y que era necesario inmediatamente concluir la antes que el ardor del pueblo se mitigase. "Estad persuadidos, dijo Bourdon de l'Oise, de que todos los que desean formar una aristocracia de la clase media, no tardarán en reflexionar en las medidas á cuya cooperacion se les convoca. Ahí los tenemos que ya preguntan, cuándo se les dice que se subleven, ¿pero contra quién habemos de insurreccionarnos? ¿no hemos destruido á la aristocracia y al clero? ¿quiénes, pues, son nuestros opresores?" Temiendo que se operase una reaccion en este sentido, se propusieron mantener al pueblo en una agitacion incesante. El 1º de Junio fué el dia que dedicaron á quedar del todo prevenidos, y en la noche se subió Marat al campanario del palacio municipal y tocó á rebato. Toda la noche se estuvo tocando generala, y al amanecer del 2 no se veia en Paris sino gente armada [2].

(1) Mig. I, 268. Lac. II, 73. Toul. III, 413. Th. IV, 125, 255.

(2) Mig. I, 269. Th. IV, 258, 259. Toul. III, 414.

En este dia, último de su vida en que hubieran de estar reunidos, comieron juntos los girondinos para deliberar sobre los medios de defensa que les quedasen aun en la desesperada posición que guardaban. Sus opiniones, como de ordinario acontecia, fueron discordantes. Algunos eran de sentir que debian mantenerse firmes en sus puestos y morir en sus sillas curules sosteniendo hasta el último trance el sagrado carácter de que se hallaban investidos. Petion, Buzot y Gensonné apoyaron esta resolucion triste á la vez que magnánima. Barbaroux, no dando oido sino á su intrépida energía, deseaba provocar, presentándose en la Convencion, á sus enemigos. Otros hubo, y entre ellos Louvet, que sostuvieron con empeño que el paso que se debía dar, era el de separarse inmediatamente de la Convencion donde ya no podian mezclarse con libertad en las discusiones, y cuya mayoría estaba dominada por el terror que á los jacobinos tenia, y retirarse cada cual á su respectivo departamento, para volver sobre Paris con una fuerza que bastase á vengar los ultrages á la representacion nacional inferidos. Estaban aun deliberando, cuando el toque á rebato y los redobles de los tambores, dándoles á saber que habia estallado la insurreccion, les hizo disolverse sin haber acordado medida alguna decisiva (1).

A las ocho de la mañana se puso Henriot á la cabeza de las inmensas columnas de hombres armados que se habian reunido en derredor del

(1) Th. IV, 260.

palacio municipal, se presentó ante el cabildo, y espuso, en nombre del pueblo insurreccionado, que no se despondrian las armas hasta conseguir la prision de los malos representantes.

Las fuerzas que con tal motivo se habian reunido, eran en sumo grado considerables. Aquel aparato de 160 piezas de artillería, chirriones, carros de balas de todos calibres, hornos de bala roja, artilleros con mechas encendidas y espadas desnudas, parecia desplegarse mas bien para poner sitio á una fortaleza inespugnable, que para atacar al pacífico cuerpo legislativo. Agréguese á esto que varios batallones que habian marchado en la mañana en direccion de la Vendée, recibieron contra orden y regresaron á Paris en la mayor efervescencia. Repartiéronles desde luego asignados de á cinco francos, y pusieronse á las órdenes de Henriot proponiéndose obedecerle aun cuando se tratase de atacar á la Convencion. Despues de haberles dirigido una alocucion en la plaza de Greve, incorporóse al resto de los sediciosos; y poniéndose al frente del total de sus fuerzas, se encaminó hácia el Carrousel. A las diez veíanse interceptados todos los caminos que conducen á las Tulleñas, por densas columnas de artillería; y se hallaban cercados por ochenta mil hombres los indefensos representantes del pueblo [1].

Pocos de los diputados proscritos concurre-

(1) Mig. I, 269. Toul. III, 415, 424. Th. IV, 261, 262.

ron á la sesion de aquel dia. El intrépido Lanjuinais figuraba en el número de los que no faltaron; habiendo tomado la palabra, hizo desde la tribuna una pintura horrible pero esacta del estado en que se hallaba la asamblea, la cual, decia, habia estado deliberando por espacio de cuatro dias bajo los puñales de asesinos, se habia visto amagada por fuera por una frenética turba; dominada por dentro por una faccion que, ocurriendo á la violencia, habia hecho marchar al cuerpo legislativo de degradacion en degradacion, premiando su condescendencia con la arrogancia y su sumision con ultrajes. "Mientras pueda yo levantar mi voz en este recinto, prosiguió diciendo, jamás permitiré que se envilezca á la representacion nacional en mi persona. Hasta aquí nada habeis hecho; solo habeis padecido; habeis sancionado cuanto se ha querido que sancionaseis. Hé ahí que se forma una insurreccion, que nombra una junta que organice su movimiento, y un comandante en gefe de la fuerza armada con el fin de que la dirija, y tolerais que se forme esa insurreccion, que se establezca esa junta y que se nombre ese comandante." Al proferir estas palabras, ahogaron su voz los gritos que arrojaron los miembros de la Montaña, y los jacobinos se abalanzaron hácia él con el intento de arrancarle de la tribuna; empero sostúvose en su puesto, y logró al fin imponer silencio el presidente. "Pido, dijo por conclusion, que inmediatamente sean disueltas las autoridades revo-